

www.cuadernosdelaberinto.com

EDITORIAL
CUADERNOS DEL LABERINTO



2006-2026

www.cuadernosdelaberinto.com

Manuel Amorós

TAPIZ Y VÉRTIGO

60 arquitecturas de lo efímero

VII PREMIO INTERNACIONAL CUADERNOS DEL LABERINTO
DE PENSAMIENTO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN ANAQUEL DE PENSAMIENTO, nº 27 —
MADRID • MMXXVI

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO

Derechos exclusivos de esta edición y traducción en lengua española:

© CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © MANUEL AMORÓS JUAN

Directora de la colección: ALICIA ARÉS

Ilustración de cubierta © *Man climbing giant blue wall*. Vova

Diseño de la colección © ABSURDA FÁBULA

www.absurdafabula.com

Fotografía del autor en la solapa © ANDALOPA



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Impreso por Copias Centro (Madrid)

Primera edición: SEPTIEMBRE 2026

Depósito legal: M-22257-2026

I.S.B.N: 979-13-87751-65-4



www.cuadernosdelaberinto.com

ÍNDICE

LAS REGLAS DEL JUEGO

1 La vida, después	pág.	9
2 Mejor mutilados	pág.	10
3 Progreso	pág.	11
4 El motor del mundo	pág.	12
5 Escépticos en Wall Street	pág.	13
6 Las reglas del juego	pág.	15
7 Ante el optimismo	pág.	16
8 ¡Oh, libertad!	pág.	18
9 Sabor	pág.	19

TAPIZ Y VÉRTIGO

10 Cine y greguería	pág.	23
11 Tapiz y vértigo	pág.	24
12 Punto de vista	pág.	27
13 Ornamento y delito	pág.	28
14 Adiós, Vitrubio	pág.	29
15 Bienvenida, dificultad	pág.	30

¡VUELA, EPIGRAMA!

16 Literatura medicinal	pág.	33
17 Grado cero de la traducción	pág.	34
18 Orden de lectura	pág.	36
19 Hermenéutica	pág.	38
20 Ley de Sturgeon	pág.	39
21 ¡Vuela, epigrama!	pág.	41

GRIETA

22 Mitades	pág.	45
23 Grieta	pág.	46
24 Cordura	pág.	48
25 Talento	pág.	49
26 Imperturbable	pág.	50
27 Conmoción diferida	pág.	51

28 Influjos en la lectura	pág.	52
29 Contrarrelato	pág.	53
30 Horror de lo múltiple	pág.	54

DE TITANES Y DE INSECTOS

31 Redención	pág.	57
32 Notas para una teoría de la mendicidad	pág.	58
33 Menesterosos	pág.	59
34 Trueque	pág.	60
35 Sobre la facilidad de dar consejo	pág.	61
36 De la enfermedad como una de las Bellas Artes	pág.	63
37 Infidelidad por amor	pág.	65
38 Por simpatía	pág.	66
39 Humillados y ofendidos	pág.	67
40 Realismo	pág.	68
41 Depuración del lenguaje	pág.	69
42 Hormiguero	pág.	70
43 De titanes y de insectos	pág.	71

CRÍTICA DE LA IMAGINACIÓN PURA

44 Restauración	pág.	75
45 Hacia el <i>savant</i>	pág.	78
46 Homo sedens	pág.	80
47 Presente perpetuo	pág.	81
48 Inteligencia del test	pág.	83
49 Tapiz de dos hebras	pág.	84
50 Teoría evolutiva de las ideas	pág.	85
51 Mutación de los signos	pág.	87
52 Crisálida	pág.	89
53 Crítica de la imaginación pura	pág.	90

ESPACIO Y TIEMPO

54 Irreversible	pág.	95
55 Ilusión	pág.	98
56 Extraviados	pág.	102
57 Espacio y tiempo	pág.	105
58 Paisaje de la erosión	pág.	106
59 Perder, encontrar	pág.	109
60 Artificio	pág.	110

LAS REGLAS DEL JUEGO

www.cuadernosdelaberinto.com

www.cuadernosdelaberinto.com

La vida, después

Las incontables horas de callado entrenamiento, la paciente imitación de los maestros, el devoto escrutinio de la naturaleza, el estudio interminable de tantas teorías y leyes... Aturde comprobar el coste de cada avance humano, de cada logro, de cada minúscula partícula de verdad arrancada a la oscuridad y al caos. Largos años de sacrificio dilapidados en el breve lapso de una competición, décadas de áridos estudios en pos de la más quimérica teoría, de una brizna de originalidad... ¡Cuánto tiempo y cuánta energía malgastados!

El destino reparte sus cartas, dispone las piezas sobre el tablero, pero cuando nos sentamos frente a él podemos sentir que nuestra hora ha pasado, que las mejores partidas ya han sido jugadas, del mismo modo que todas las melodías han sido tocadas. La civilización impone una postergación de la vida. Algunas personas, observaba Oliver Wendell Holmes, mueren con su música todavía en ellas; mientras se preparan para vivir, el tiempo expira.

Somos corredores en una carrera de relevos, actores que ensayan una y otra vez su papel antes de entrar en escena. La vida es esta obra teatral continuamente ensayada y perfeccionada. Cuando, tras arduos esfuerzos, la hemos aprendido y estamos listos para ofrecer nuestra personal versión, ya es demasiado tarde: la obra ha pasado de moda, los espectadores se han marchado o han fallecido, y el teatro se ha derrumbado.

Mejor mutilados

Quizá no sea casual que quienes han sido privados de algo —los tullidos, los ciegos, los que han perdido una parte esencial de sí mismos— desarrollen con más nitidez otras facultades. El hombre, para dar lo mejor de sí, para desarrollarse plenamente, como el árbol, necesita de una cierta «poda»: la supresión de una parte de nuestro ser ocasiona, efectivamente, una reacción de liberación, de crecimiento por parte del resto (las hazañas deportivas, apuntan los expertos, suelen provenir de la superación de alguna tara física).

En resumidas cuentas, la represión canaliza, la mutilación compensa y potencia. Cuando una parte de nuestro organismo se excede, cuando un don o facultad fagocita a las demás, es hora de proceder a su eliminación para que, en contrapartida, las restantes partes del cuerpo o del alma alcancen un grado de desarrollo óptimo, armónico; mientras que si son las fuerzas anímicas al completo, voluntad e intelecto, las que se extravían en el laberinto de las posibilidades vitales, tanto más necesario resulta el poder represor de sujetar, acotando aquí y amansando allá, así como la decisión firme de buscar un propósito, una meta que encauce todas las fuerzas dispersas del espíritu, porque, como recuerda Montaigne, «Piérdese el alma que no tiene meta establecida; pues como dicen, estar en todo es no estar en nada».

Progreso

Todo progreso consiste en combatir la disminución de una necesidad con la sofisticación creciente de los medios que la satisfacen. Dicho de otro modo: el sobredimensionamiento de la forma compensa el declive de la función. La falta de apetito diseña el tenedor, del mismo modo que el ocio promueve la velocidad de los vehículos: como disponemos de más tiempo, debemos movernos más deprisa. Ya que no precisamos la fuerza física, desarrollamos al máximo nuestros músculos; dado que la enseñanza es accesible y universal, enrevesamos los medios para impartirla. Progreso es cristalización, símbolo, decadencia. Progresar es cambiar con los cambios para no cambiar, informarse de todo para no enterarse de nada, moverse vertiginosamente para quedarse quietos.

¿Qué son las «buenas intenciones»? Lo único que todos tenemos en común. El padre desea educar a su hijo pero está demasiado ocupado. El rico quiere convertirse en benefactor de los pobres pero no encuentra la oportunidad. El gobernante podría ser austero pero prefiere no manchar la dignidad de su cargo. El filósofo quiere ser comprensible pero detesta ser tomado por frívolo o superficial. El militar anhela la paz pero debe empuñar el fusil para sofocar la guerra. Las buenas intenciones son el motor del mundo, pues si los jóvenes fuesen educados, los políticos honrados, los militares pacíficos, los ricos generosos, los filósofos claros, los curas castos, los borrachos sobrios, los deportistas limpios, los jueces justos, el mundo, sin energía ni objetivo alguno, se detendría de inmediato.

Tres siglos antes de Cristo, los escépticos sostenían que lo cierto es indiscernible de lo falso; todo, por tanto, está sometido a duda. «Duda dogmática», para Bertrand Russell, que resaltaba el carácter paralizante de la misma por encima de sus evidentes aspectos positivos. Los antiguos escépticos no mantenían teoría alguna sino, en todo caso, la paradójica de que toda teoría es rebatible. Aracesilao, escéptico que enseñó en la Academia, se ocupaba de desmontar todas las concepciones de sus alumnos. Y Carnéades, como pudo demostrar en una multitudinaria conferencia en Roma, era capaz de apuntalar una tesis un día para refutarla al día siguiente con el mismo rigor y convencimiento.

«Toda teoría es intelectualmente defendible», según el melancólico dictamen de Pessoa. ¿Vale entonces la pena defender algo que depende exclusivamente del mero arbitrio o de la habilidad personal? Hay una respuesta indirecta y vivaz, útil y actual a esta cuestión por la vía del pragmatismo; o mejor dicho, es como si las cosas cayesen por su propio peso, de forma natural, pareciendo así que cuestiones antaño rabiosamente teóricas, después de dormir el sueño de los siglos, renaciesen revelando su auténtico ropaje práctico. *Todo es defendible* ¿por qué no hacer entretanto de esta causa paralizadora un principio activo? En las universidades norteamericanas se imbuje a los alumnos de este principio; en algunas se celebran auténticas justas dialécticas donde se ponen a prueba los reflejos oratorios de las futuras figuras de la política o el derecho. Resulta significativo que, para subrayar el carácter de ejercicios, a los contendientes verbales se les encomiende la defensa de tesis alejadas de sus propios puntos de vista: con esto se consigue no sólo un aura de deportividad, sino también la plena emancipación de ideas y argumentos, de sentimientos y razones, pues ahí radica precisamente la esencia de la profesionalidad, el punto exacto en que

empieza a distinguirse de la simple afición o apasionamiento: el aficionado dice lo que cree, el profesional se esfuerza a creer lo que dice, a modo de un ingeniero anímico que tiende, con todas las artimañas de su oficio, un puente emocional entre algo a veces inestable, una idea tal vez, un programa político o una presunta inocencia, y el núcleo más o menos maleable de la audiencia.

Y así es como transcurre todo afán civilizatorio, en el intento de segregar medios y fines. El juego mercantil reclama el profesionalismo, la libre disposición de medios al mejor postor, que es como decir al más alto fin. Lo público exige, paralelamente, independencia entre moral e intelecto, plena separación de poderes, libre intercambio de estrategias e intereses. Sólo cabría apuntar, sin malevolencia alguna, que aquella entelequia denominada «fin» y que asimilamos, a veces imprecisamente, a un objetivo intelectual o a una aspiración ética, retrocede frente al conjunto de herramientas técnicas, estrategias y métodos que comúnmente designamos como «medios»; lo instrumental, entonces, prevalece sobre lo moral. Irónico destino pues para una doctrina del repliegue el convertirse en principio activo de acción individual: hemos viajado desde el «dogmatismo de la duda» (Nada puede conocerse) al «dogmatismo de la acción» (Todo puede hacerse) de los modernos escépticos.